

RAMÓN SANCHÍS FERRÁNDIZ

*Al Ándalus, puerta del
pensamiento clásico en Europa*



ALMUZARA

© RAMÓN SANCHÍS FERRÁNDIZ, 2022

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN AL ÁNDALUS

Director editorial: ANTONIO CUESTA

Edición: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ

Maquetación: R. JOAQUÍN JIMÉNEZ R.

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-16750-66-5

Depósito Legal: CO-403-2022

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*«Si descubrimos de dónde venimos,
podremos saber quiénes somos ahora y
hacia dónde deberíamos dirigirnos».*

Raysan

*«Las cosas no valen por el tiempo
que duran, sino por las huellas que
dejan».*

Proverbio árabe

*«Las ideas tienen alas,
nadie puede impedir su vuelo»*

Averroes

<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Prólogo</i>	15
I. La caída del mundo clásico	19
La caída del mundo clásico	19
Nuevas rutas del conocimiento tras la caída del mundo clásico	20
Núcleos del saber.....	25
La disgregación del cristianismo en Bizancio.....	26
Los arrianos	30
Los gnósticos cristianos	33
Textos gnósticos y Evangelios apócrifos	36
Jesucristo	38
Los manuscritos de Qumrán.....	41
Los nestorianos.....	44
II. Alejandría, atañor de las ideas.....	51
La caída de Alejandría y los ciclos históricos	51
El Imperio romano de Oriente	55
La filosofía neoplatónica.....	57
La tradición hermética	64
Una poderosa amalgama de ideas	66
III. La herencia de la Grecia clásica	69
La herencia de la Grecia clásica	69
Los filósofos presocráticos	71
Pitágoras.....	72
Sócrates	73
Platón	77
Aristóteles	82
La filosofía clásica como fundamento de las ideas del islam	85
La filosofía islámica y otras vías paralelas de conocimiento	87
IV. Las rutas seguidas por las ideas.....	89
Las rutas seguidas por las ideas	89
Ausencia de las obras del mundo griego.....	97

La destrucción de las obras clásicas.....	99
El helenismo	101
La decadencia de las ciudades-Estado en Grecia.....	103
Aleandría, nuevo centro del saber	107
V. La patrística	111
La patrística	111
Clemente de Alejandría	113
Orígenes.....	114
Hipatia de Alejandría.....	116
San Agustín.....	119
Boecio.....	123
Pseudo Dionisio Areopagita	124
San Isidoro de Sevilla.....	125
VI. El desarrollo del islam.....	127
Las comunidades sufíes	127
El pensamiento clásico en el sufismo.....	131
Sucesores de Mahoma:	
los califas guiados.....	133
La yihad	137
La conquista de la península ibérica	139
La conquista de la Galia.....	145
Los abasíes	147
VII. El esplendor de al-Ándalus.....	149
El Emirato omeya de Córdoba	149
El califato omeya de Córdoba	153
Apogeo y declive del califato omeya de Córdoba	159
VIII. El pensamiento andalusí.....	163
La filosofía mística de Ibn Masarra.....	163
Ibn al-‘Arif de Almería.....	168
Filiaciones en el sufismo andalusí.....	170
La taifa de Shark al-Ándalus del Rey Lobo	173
Ibn al-‘Arabí.....	175
Abu Madyan de Tlemcen	185
Ibn Qasi, rey iniciado del Algarve	187
Aportes del sufismo	190
Una enseñanza de ida y vuelta	191
Ciencias antiguas en la cultura islámica	193
Avempace	201
Ibn Jaldún	202
Asimilación de la cultura islámica en la península ibérica.....	204

IX. La tradición hebrea sefardí	209
El judaísmo andalusí	209
Los grandes sabios del judaísmo	213
Maimónides	216
Moisés de León	217
Abulafia	220
Ibn Gabirol	221
Judá Levi	223
Abraham Ibn Ezra	223
Ibn Shaprut	224
X. La Europa cristiana	227
El Imperio carolingio	227
La crisis del año mil	231
La escolástica cristiana	236
Juan Escoto Erígena	237
XI. Recuperación de los textos clásicos	241
Recuperación de los textos clásicos	241
Avicena	242
Averroes	244
Intercambio del conocimiento en las zonas de frontera	247
Las escuelas de traductores	248
XII. La mística y las órdenes monásticas	259
Las órdenes monásticas	259
Las órdenes mendicantes	263
Francisco de Asís	265
Domingo de Guzmán	267
Las catedrales	272
Las escuelas catedralicias y las primeras universidades	281
Los místicos	285
XIII. La escolástica entre los siglos XI y XIII	291
San Anselmo de Canterbury	291
San Alberto Magno	293
Santo Tomás de Aquino	294
San Buenaventura	298
Raimundo Lulio y la cruzada de paz	299
La escuela de Chartres	301
La escuela de Oxford	304
La escuela de París	309
Pedro Abelardo	315

XIV. El desembarco de las ideas.....	321
El desembarco de las ideas en una Europa en construcción	321
La idea de Dios	323
La existencia de Dios.....	324
La naturaleza de Dios:	
Dios uno y trino.....	325
El sentido de las palabras.....	327
Las escuelas	328
La disociación entre ciencia y filosofía.....	330
Los averroístas	331
Los ockhamistas	332
la filosofía política	334
Las cruzadas	336
La peste negra	340
La cercanía del Renacimiento.....	342
Interpretaciones sobre el final de la Edad Media	346
El legado de la Edad Media.....	348
El recorrido de las ideas.....	352
 <i>Bibliografía.....</i>	 355

Agradecimientos

A mis maestros, Delia S. G., A. Alzina, L. Atiliano B. y G. E. Calgaro, por haberme formado en el camino de la filosofía. Al profesor F. Schwarz, por habernos inducido a buscar las rutas seguidas por el conocimiento desde la antigüedad clásica... y a todos aquellos que han ayudado a pulir este texto, cuya labor considero inestimable o la han inspirado (a Lilia G^a, Miguel G., Roberto M^a. y a Fátima B.).

Prólogo

Este trabajo se inició con un artículo de investigación propio, realizado para el Instituto Internacional Hermes en el año 2009. Posteriormente, sirvió como base de una ponencia que tuve que impartir con motivo del Congreso Nacional de Filosofía, realizado en Alicante en noviembre de 2013. Por tanto, el manuscrito que hoy sale a la luz ha seguido también su propia ruta en busca del saber.

Se analiza en el presente texto el recorrido realizado por el conocimiento desde la caída del mundo grecorromano (en el s. V d.C.) hasta el resurgir de las universidades europeas y el inicio del Renacimiento (s. XV d.C.). Al abordar este tema, han aparecido otras ideas relacionadas que requerían una explicación: la caída del Imperio romano de Occidente, la evolución del cristianismo primitivo, la gnosis, las Escuelas de Misterios, la vinculación de las ideas procedentes de Oriente y Occidente, la filosofía hermética, el nacimiento del islam, el esplendor de la cultura hispanomusulmana, la cábala, el desarrollo del Imperio carolingio, las órdenes monásticas y mendicantes, y un largo etcétera.

Inicialmente, no parecía necesario el desarrollo de estas ramificaciones del tronco principal. No obstante, sin exponer esas ideas colaterales, no se podrían comprender otras fundamentales. A modo de ejemplo: al analizar el califato omeya de Córdoba, necesariamente debíamos mostrar la

realidad histórica de su tiempo y, además, descubrir sus raíces, que se hunden en los inicios del califato abasí de Bagdad; así mismo, para comprender las discusiones sobre la naturaleza de Cristo en la etapa escolástica, es de vital importancia haber revisado la pugna del cristianismo oficial frente a las herejías en los primeros siglos de nuestra era.

Por tal motivo, este manuscrito no se centra solo en el recorrido de unas ideas concretas, sino en el desarrollo del conocimiento a lo largo de toda la Edad Media. Considero que esta visión histórica ayudará a una mejor comprensión de las ideas sustentadas por los grandes pensadores, ya sean filósofos, historiadores, teólogos, místicos, ascetas, traductores, alquimistas, gnósticos o sufíes. Relacionar en el espacio y en el tiempo sus enseñanzas, mediante mapas o apuntes históricos, facilitará su estudio y comprensión.

Quisiera abrir nuevas sendas en la mente del lector. Quizá por ello, este libro abarca diversos temas entrelazados. No obstante, por la misma razón, podrá parecer una obra incompleta. Asumo esa merma, porque la finalidad de esta tarea no es enciclopédica, sino divulgativa. En todo caso, el lector siempre completa un libro; él constituye la parte activa de la literatura, porque dibuja y cierra en su mente los recorridos que apunta el escritor. No he pretendido realizar una obra académica de consulta, sino incitar a la propia investigación. Tampoco esta obra pretende ser dogmática, sino falible... porque los caminos del saber son muchos, quizá infinitos, aunque a la postre habrán de llevarnos a la cima en donde reside la sabiduría.

Es obvio que cada época, cultura, credo religioso o civilización tiene su propia ruta del conocimiento. Aumentarán su saber en la medida que sean permeables a otras ideas e influencias; y se estancarán en la medida que se tornen sectarias y partidistas. El eclecticismo siempre es la mejor medicina para quienes pretenden ser objetivos.

Las ideas aquí expuestas provienen de muy variadas lecturas, por tanto, tampoco pretendo adjudicarme la autoría de ellas. Algunas las he rumiado a placer durante años, no

para apropiarme de ellas, sino para entenderlas bien, vivenciarlas y poder entregarlas de nuevo, reformuladas. Es complejo dar explicaciones de cada frase y referencias de todos los libros que sustentan los conceptos aquí expuestos. Sería pedante por mi parte pretenderlo y en esto sigo el ejemplo de los maestros que me formaron, cuyas enseñanzas no estaban en libros, sino cosidas a su alma y disimuladas entre las hebras de su pensamiento y entusiasmo. Por lo tanto, las citas bibliográficas son meramente indicativas; no pretenden ser alarde de erudición, tan solo abrir puertas a otros horizontes posibles, y han sido necesarias cuando se han citado algunos pasajes de modo literal.

La ruta que aquí se dibuja, siguiendo la caída del mundo clásico hasta la formación de Europa, no es el único camino que han seguido las ideas. Debo advertir de nuevo que, toda época, cultura, credo religioso o civilización, se comporta como un gran ser vivo y, por tanto, tiene su propia ruta en busca del conocimiento, su cenit y nadir, su esplendor y decadencia, porque todo aquello que nace está condenado a morir. Sin embargo, la luz con la que lograron iluminar las conciencias del ser humano en sus momentos más brillantes perdura aún en la memoria del pasado. Un pasado que, una y otra vez, tendremos que recobrar, a fin de no olvidar lo que fuimos, lo que ahora somos y el camino que nos convendrá seguir en el futuro.

Los ciclos históricos seguirán dando vueltas para hundir en el océano del pasado las historias del presente; el pasado ya no existe, pero resurgirá de nuevo en las pretensiones del futuro. No existe el progreso continuo e interrumpido: es un mito creado por quienes anhelan la eterna juventud. Incluso lo más superficial se ve sometido al cambio, y lo más profundo de cada ser y civilización se transforma y transmuta constantemente en pos de un continuo resurgir.

Recuperar la memoria histórica equivale a tomar conciencia de lo que hoy en día nos constituye, afianzando sobre dichos fundamentos el edificio cultural y civilizatorio que anhelamos construir.

I

La caída del mundo clásico

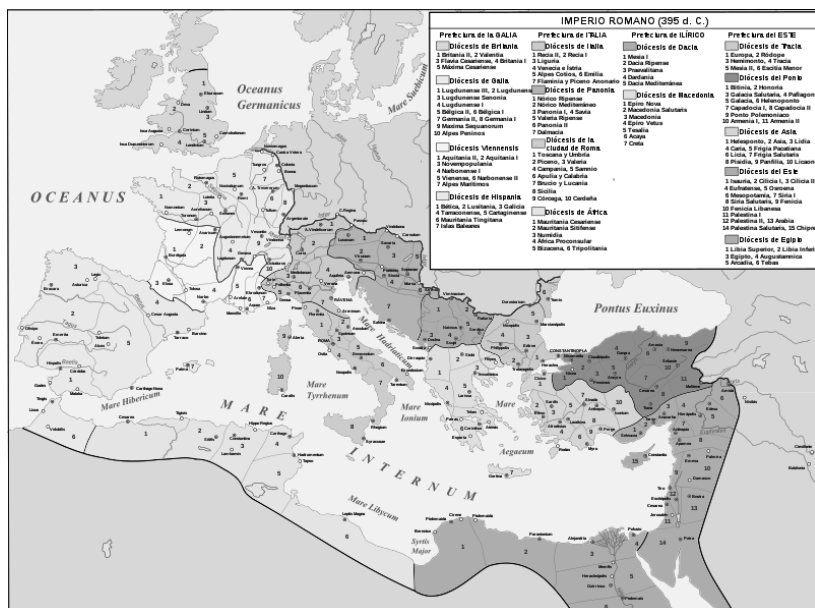
LA CAÍDA DEL MUNDO CLÁSICO

Desde la caída del Imperio romano de Occidente, acaecida en el siglo V d. C., hasta llegar a la Europa medieval del siglo XII, el conocimiento atesorado por el mundo grecorromano —tal como si fuera un gran ser colectivo que intuyera el naufragio—, fue buscando nuevas «rutas de conocimiento» que preservaran la esencia del saber tan arduamente logrado.

Dichas rutas, que han ido dejando sus huellas en la arena del tiempo, conformaron algunas veces caminos de ida y vuelta; sendas a veces claras y otras un tanto difusas que dieron lugar a nuevos núcleos de saber, los cuales actuaron como verdaderos polos de atracción para las culturas limítrofes. Alrededor de las grandes ciudades de antaño, o bien, de aldeas perdidas en el desierto, fueron creándose pequeñas comunidades de monjes y eremitas, de rabinos o sabios *sufíes*, que preservaron cuidadosamente los viejos códigos y manuscritos que se habían salvado de la ruina del mundo clásico.

En dichos lugares aparecieron de nuevo personajes del saber, filósofos de reconocido prestigio, retóricos y teólogos, místicos y acaso maestros de un saber secreto que pasa-

ron por la historia inadvertidamente. En suma, pensadores comprometidos, soñadores incansables que dejaron a su paso estelas de conocimiento, convencidos de las enseñanzas e ideales que portaban.



El Imperio romano en el momento de la muerte de Teodosio I en 395 d. C. Fuente: Atlas histórico, 1923.

NUEVAS RUTAS DEL CONOCIMIENTO TRAS LA CAÍDA DEL MUNDO CLÁSICO

En el año 479 d. C., el Imperio romano, dividido ya en dos mitades, perdió su ser. La caída de Roma, tildada a menudo como la caída del mundo clásico, supuso una pérdida de valores sin igual. Se perdieron los registros del saber y, con ello, en la cuenca del Mediterráneo y el continente europeo se perdió también la memoria del propio Yo, y con ella la identidad. Como le ocurre a quienes sufren de amnesia,

desde entonces, el ser humano tuvo que buscar a tientas entre las sombras del pasado para restañar los tejidos dañados, retejiendo los hilos que anudan los pensamientos.

Las invasiones de los pueblos bárbaros procedentes del norte y del este dieron el golpe de gracia a una civilización que ya estaba moribunda, aunque esta no fuera la única causa de su decadencia¹. El oráculo le había anunciado a Rómulo que la duración de Roma alcanzaría un Gran Año (¿12 siglos?) y de hecho duró 1230 años, pero la ciudad y el imperio no supieron regenerarse periódicamente. Los valores romanos fueron cayendo en el olvido. Algunos emperadores se deificaban en vida. La religión pagana perdía impulso y otras religiones foráneas, como los cultos a Isis, a la Gran Madre Cibele, a Mitra, o al «Sol *invictus*», recogieron el testigo; caían las cofradías y ritos sacerdotales pese a los intentos de renovación pagana del emperador Juliano. También el cristianismo, que introducía la idea de un único Dios, comenzaba a inquietar al Imperio, sobre todo cuando sus seguidores se negaron a rendir culto imperial, dado que consideraban una idolatría venerar al emperador. Luego vinieron las persecuciones de Nerón, Septimio Severo y Diocleciano. La decadencia moral fue lenta pero agónica. Después vino la corrupción, el excesivo partidismo, la demagogia, las traiciones... El sentido de la palabra empeñada perdió su valor, el ideal de la fraternidad universal se fue diluyendo. En realidad, todo declive comienza con un derrumbe moral y espiritual, y, más tarde, se resiente la estructura física y social.

La ciudad de Roma, con una población cercana al millón de habitantes², soportaba muchos problemas de suminis-

1 Artículo: «La caída del Imperio romano de Occidente». Texto original en inglés: *Fall of the Western Roman Empire*. Donald L. Wasson. Traducido por Babeth Étienne-Cartwright. World History Encyclopedia, 12-04-2018. Web. 26-09-2021.

2 Artículo: «La antigua Roma aún importa». Mary Beard. Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia. *El País*, sección Cultura, 17-05-2015. Basado

tros, tenía problemas para gestionar los residuos, y, además, padecía frecuentes y pavorosos incendios que eran atajados por un ágil cuerpo de bomberos, pues las «ínsulas» —esos bloques de apartamentos de varios pisos—, al estar contruidos con madera, eran demasiado frágiles.

La que fuera «capital del mundo» sufría el caos de toda gran ciudad y las miserias de sus diferencias sociales, el apego al lujo y la belleza. Sin embargo, alumbró a decenas de países con sus principios, con su sentido de la justicia y el respeto por cualquier religión del Estado. La unidad alcanzada dentro de lo diverso, la noción de «ciudadano del mundo», o el sentido histórico de Cicerón son otros ejemplos de la madurez de esta civilización. No podemos soslayar tampoco el concepto imperante de la responsabilidad del cargo —entendido como una carga más que como una prebenda—, la rectitud y dignidad de los estoicos romanos, el honor y la fuerza interior... que, junto a la maravilla de sus obras públicas y sus logros arquitectónicos, aún nos asombran. Como dijera Jorge A. Livraga, «Sin duda, Roma supo reunir a los hombres bajo un techo de sueños comunes».

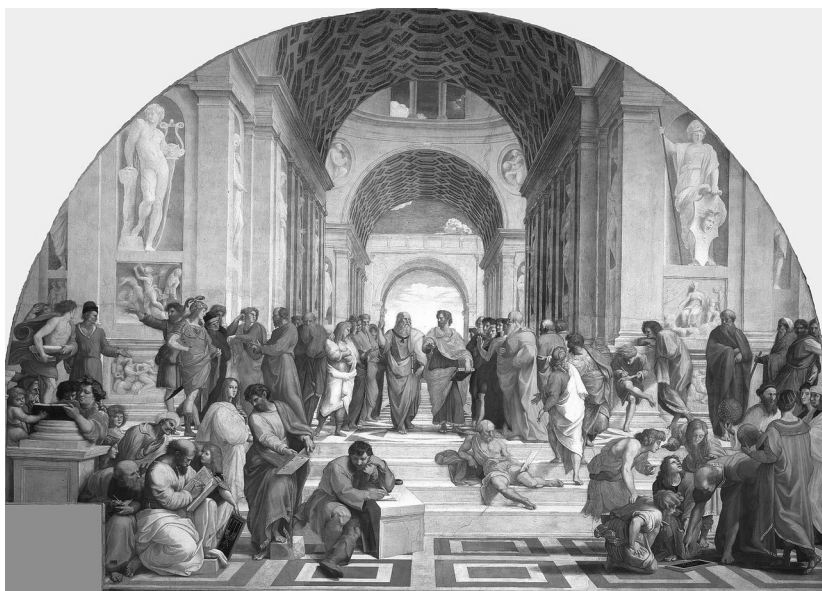
No obstante, ahora nos deleitamos analizando los momentos bajos de aquella civilización, su decrepitud, sus etapas oscuras, señal inequívoca de que antes estuvo en la cumbre³. Siempre hay luces y sombras, y la historia se reescribe constantemente intentando justificar nuestras opiniones sobre política, derecho y justicia, democracia e imperialismo; palabras que tienen la influencia de aquel mundo romano. Seguramente, Augusto, Adriano, Trajano y Marco Aurelio serán modelos que perdurarán en el tiempo, aunque cometieran errores. Hoy, sin embargo, los podemos criticar desde la butaca de nuestro salón, sin temor a que nadie nos dé la réplica.

en el libro *SPQR: A History of Ancient Rome*, de Mary Beard, publicado el 7-04-2016.

3 *Magia, religión y ciencia para el III milenio*. Tomo I. Jorge A. Livraga Rizzi. Editorial N. A., Valencia, 1995.

Pero al fin, los viejos conceptos y valores que la sustentaban se tambalearon, quedando tan solo en la zona oriental una triste sombra de lo que había sido Roma. El Imperio bizantino aún perduró hasta la caída de Constantinopla en el año 1453 d. C. Mil años desdibujados, sin trazos firmes que reconocer, desnortados; mil años de la mal llamada «edad oscura», la Edad Media: una edad destinada a reconstruir caminos e ideas, a restaurar los principios, a entrelazar de nuevo la razón y la fe, a redescubrir la filosofía, las artes y las ciencias, llevándolas hasta las puertas de un nuevo Renacimiento.

Más tarde, cuando el emperador Justiniano ordenó el cierre de las escuelas de filosofía griegas en el año 529 d.C., los filósofos y todos aquellos que se consideraban discípulos de la sabiduría atemporal la aventaron en todas direcciones, de modo que ella recorrió nuevas sendas y fue descubriendo otros horizontes.



La Escuela de Atenas, fresco de Rafael Sanzio
(1511). Museos Vaticanos, Roma

Parte de las antiguas enseñanzas fueron acogidas por otros pueblos próximos que se hallaban ávidos de saber. De este modo, el conocimiento fue cambiando sus ropajes viejos para amoldarse a nuevas formas de pensamiento, a otras lenguas y costumbres, tratando de preservar, sin embargo, su inequívoca esencia.

La emblemática Academia de Atenas, que había instituido Platón (427-347 a. C.) en el año 387 a. C., se vio forzada a cerrar sus puertas a causa del decreto de Justiniano. En aquel entonces sus enseñanzas se impartían en las tres grandes capitales del saber, Roma, Alejandría y Atenas, profundizando en la filosofía, las matemáticas, astronomía, medicina y retórica. Se la denominó Academia por haberse emplazado en Atenas en el gimnasio y jardines que pertenecieran al héroe Academo, cerca de un bosque que se consideraba sagrado, en donde antaño se daba culto a Prometeo y Dionisos. La elección no podía ser más acertada, dado que Prometeo representaba a la divinidad que robó el fuego sagrado de los dioses para entregárselo a los hombres, hecho que simbólicamente debe ser entendido como la cesión del conocimiento y la capacidad de utilizar la mente. Por otra parte, Dionisos (el Baco romano), representaba la embriaguez de vivir, no en un sentido físico, sino de entusiasmo interior o vivencia de lo divino en el hombre, es decir, la exaltación del ánimo a causa de la inspiración divina.

Por la Academia habían pasado filósofos de la talla de Aristóteles, Espeusipo, Proclo y Plutarco de Atenas, el matemático y astrónomo Eudoxo de Cnido, Arquitas de Tarento, Arcesilao, el emperador Juliano —mal llamado «el Apóstata»—, Basilio de Cesárea, Gregorio Nacianceno y tantos otros sabios. Allí tuvo su último refugio la sabiduría grecolatina, hasta que el emperador Justiniano, con el fin de unificar la fe en su imperio y congraciarse con los cristianos, intentó sofocar el paganismo, anulando también los ritos de la religión egipcia, de los judíos y maniqueos. El respeto a toda religión, que había sido uno de los principios axiales del Imperio romano, ya no estaba vigente.

Muchos docentes bizantinos se vieron obligados a exiliarse ante las vejaciones públicas que sufrían, persecuciones y torturas. Las escuelas y ritos helénicos fueron prohibidos, los libros quemados. Filósofos, médicos, gramáticos, juristas, científicos y músicos abandonaron las tierras de Bizancio. Pese al buen gobierno que había caracterizado a Justiniano, aquel decreto excluyente dio el golpe de gracia a la cultura bizantina y, en pocas generaciones, se instauró la ignorancia y el oscurantismo.

Así comenzó a desmoronarse el mundo clásico, en silencio, sin que nadie reclamara su cuerpo tendido en el suelo. Quizá todos a una lo mataron, aunque nadie admitió el delito.

No sería hasta el siglo IX d. C. cuando abrieron sus puertas algunas escuelas privadas de filosofía. Ya en el siglo XI d. C., las universidades bizantinas retomaron sus estudios habituales de gramática, retórica, filosofía y derecho, así como las de astronomía, medicina y geometría. Volvieron de nuevo a recomponer la calidad de sus estudios y a ejercer como fieles custodios y transmisores de la tradición grecolatina.

NÚCLEOS DEL SABER

El conocimiento clásico, al igual que las caravanas que cruzan el desierto, se asentó primeramente en Anatolia, en las comunidades cristianas creadas en las innumerables grutas de Capadocia; más tarde en Antioquía y Siria (en las ciudades milenarias de Harrán o Edesa, Alepo, Homs y Damasco...), para seguir su camino hacia Persia y Mesopotamia (en las ciudades de Bagdad y Basora), o bien hacia Palestina y Egipto, donde prosperaba la mítica Alejandría.

En torno a dichos centros de saber aparecieron también las comunidades monásticas de Capadocia, Antioquía y Siria, los grupos gnósticos y esenios de Judea, o los nazarenos y sufíes de Basora. Y en Alejandría se entremezclaron los terapeutas

con los filósofos eclécticos de la escuela neoplatónica, los gimnosofistas de túnica azafrán (budistas) y la tradición hermética, así como los distintos credos que en la grandiosa ciudad confluían: cristianos, paganos, judíos y mazdeistas. Todo un mundo diverso que actuó como un gran atañor en donde se maceraron las diversas ideas para recrear un mundo nuevo.

Así, cuando posteriormente el mundo árabe llegó al esplendor de su pensamiento, sirvió de catalizador de las corrientes de ideas del norte de África, que cruzaron el desierto líbico e Ifriquiya (la actual Túnez), y se expandieron hasta implantarse en Berberia (el actual Magreb), en las ciudades de Tlemcen, Fez, Marrakech y, por supuesto, en al-Ándalus (la España musulmana), dando lugar de este modo a centros del saber tan relevantes como Córdoba, Toledo y Granada.

LA DISGREGACIÓN DEL CRISTIANISMO EN BIZANCIO

Transcurrido el primer siglo de nuestra era, cuando los cristianos ya no tenían la cercanía de los apóstoles para conocer los detalles directos de la vida de Jesús y la interpretación fiable de sus enseñanzas, aparecieron los padres apostólicos. Los Evangelios constituían lo fiable, por estar escritos, mientras la tradición apostólica que estos transmitían era la enseñanza viva, la palabra de Jesús convertida en trigo molido en la mente de los apóstoles.

Como mucho, hasta los inicios del siglo II, los padres apostólicos, santos o mártires destacados por sus actos y enseñanzas, aún gozaban de cercanía con los doce apóstoles (o con algunos de los setenta discípulos que se le adjudican a Jesús), por recibir de ellos la formación y considerarse discípulos directos o indirectos de ellos.

Cabe citar aquí que, para algunos estudiosos del cristianismo, los doce apóstoles más próximos a Jesús pudieron no

ser doce exactamente, pues este número tendría un significado astrológico. De hecho, en *La última cena*, Leonardo da Vinci sigue esta interpretación y representa a los apóstoles en cuatro grupos de tres, agrupados por elementos astrológicos, representando las características de sus naturalezas de tierra, agua, aire o fuego. En la pintura, unos se muestran estables y sensatos, reflexivos, aunque algo absortos y distantes; un segundo grupo, más comunicativo entre ellos, que cuchichea, aunque se muestra desconfiado y busca influir; un tercero, en que se muestran demasiado pasionales, expresivos, casi histriónicos; y el cuarto grupo, más comprensivo y protector, dirige sus manos hacia Jesús de modo compasivo.

Los manuscritos de los padres apostólicos tenían el valor de una enseñanza primigenia para las comunidades cristianas que eran ya perseguidas y se veían obligadas al sigilo y el silencio. Lino, que sucedió como obispo de Roma al apóstol Pedro; Clemente de Roma, considerado el tercer papa; Policarpo de Esmirna, que había sido discípulo de Juan; Ignacio de Antioquía o Papías de Hierápolis, junto a otros que no están bien identificados, como Hermas de Roma, al que se conoce tan solo por sus textos. Todos ellos sirvieron de referencia para los cristianos; constituían la segunda generación de discípulos del maestro y estaban comprometidos en la defensa de la palabra y los hechos de Jesucristo⁴.

Años más tarde, en la medida en que desaparecieron los padres apostólicos, esa referencia de vida la aportaron los llamados padres de la Iglesia⁵. Ya no estaban tan preocupados por divulgar las enseñanzas de Jesús, sino en consolidar la tradición, dando estructura a las ideas y la doctrina cristiana. En esa denominación se incluye a san Agustín, obispo de Hipona, Jerónimo, Eusebio, Cirilo, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Basilio de Cesárea, Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno.

4 ¿Quiénes fueron los padres de la Iglesia primitiva?

5 *Historia de la Iglesia*, 2001. José Orlandis.

Por otra parte, en los dos primeros siglos del cristianismo se hacía necesario preservar la enseñanza recibida de cualquier desviación. A causa de lo cual, algunos autores cristianos —los apologistas— se vieron forzados a defender las enseñanzas con sus escritos, tales como Ireneo de Lyon, Justino Mártir, el obispo Hipólito, Tertuliano, Orígenes y Clemente de Alejandría.

En el seno de la Iglesia crecían las tergiversaciones de las Escrituras y las polémicas entre quienes seguían los textos al pie de la letra o aquellos que le daban un significado muy particular. Las distintas facciones se enfrentaban abiertamente desde los púlpitos de las iglesias, en los conventos o sínodos episcopales. Proliferaban también los grupos y sectas que adoptaban una visión diferente, un matiz poco ortodoxo que, oficialmente, era considerado como herejía. Y en ese baúl de sastre cabía todo, pues aquello que no era fiel a la ortodoxia, terminaba calificado de heterodoxo.

Quedaban muchas ideas sin resolver a las que la ortodoxia no había dado una explicación convincente. Basta citar, por ejemplo, el dilema planteado entre la predestinación divina o el libre albedrío del ser humano, la idea de Dios como unidad frente a la visión trina de la divinidad, la literalidad de los textos o su interpretación simbólica. Y algunos dogmas, que fueron apareciendo con el transcurso de los siglos, que planteaban dilemas y controversias a quienes tenían un intelecto que les hacía capaces de reflexionar por sí mismos: el nacimiento carnal de Jesús, a la par que se le consideraba como «Hijo de Dios»; la concepción de pecado ante los errores cometidos —que no existía en el mundo clásico—; el «pecado original», no siempre bien definido, que creaba un sentimiento de culpa en el cristiano sin haber tomado parte en él; o bien, el contraste entre la naturaleza bondadosa y misericorde de Dios frente al castigo eterno en los tormentos del infierno... y un largo etcétera que desarrollaremos más adelante.

Las persecuciones que habían sufrido los cristianos, ya fuera en la época del emperador Nerón —al considerarlos como causantes del incendio de Roma en el año 64— o en

la época más virulenta del emperador Diocleciano, entre el 303 y 313, crearon en ellos una huella psicológica que, según algunos autores⁶, fue la causa de las persecuciones internas contra quienes se alejaban del pensamiento oficial. La súplica que Tertuliano o Lactancio hacían ante el poder imperial para que respetaran su credo, las exigencias de tolerancia ante otras ideas que pedían para sí, fueron pronto olvidadas cuando debían sofocar a los disidentes o despreciar a los paganos, a quienes consideraban impíos.

Para san Pablo, verdadero fundador ideológico del cristianismo, estas disensiones dividían la comunidad y merecían ser consideradas como anatema, con la advertencia a quienes profesaran tales ideas de ser expulsados de la comunidad. Como suele ocurrir en toda religión, a medida que las palabras de su fundador eran olvidadas, se fue creando un cuerpo de eruditos y obispos encargados de mantener, a toda costa, la visión ortodoxa de la doctrina. Desde entonces, estos jerarcas velarían por mantener la tradición y definir lo que era o no herejía.

Y sin duda, abundaban las herejías de toda condición, pues estas eran proporcionales al celo con que se reprimía cualquier opinión libre. Mientras la ortodoxia afirmaba la unicidad de Dios (pese a ser considerado como Padre-Hijo-Espíritu Santo), los triteístas creían que en Dios había tres personas o esencias independientes, llegando a considerarlo como tres dioses independientes. Por contra, los monofisitas consideraban que en Jesús había solo una naturaleza, la divina, mientras los nestorianos (o difisitas) aceptaban dos naturalezas en él, la divina y la humana.

Los maniqueos consideraban dos fuerzas antagónicas e irreductibles que se hallaban en lucha constante, como el bien y el mal, la materia y el espíritu. Y de modo similar pensaban los marcionitas, que no reconocían a Jesús como

6 *Herejes en la historia*. Mar Marcos. Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Cantabria. Trotta. Madrid, 2009.

Mesías y pensaban que había un dios supremo, ajeno al mundo, y un dios inferior o demiurgo, demasiado severo, y causante de todo mal.

Otras herejías, como las de los montanistas, tuvieron más calado en la sociedad. Montano, que había sido sacerdote del culto a la diosa Cibeles, después de convertirse al cristianismo, comenzó a predicar el fin de los tiempos y el advenimiento de una nueva era espiritual. Decía estar inspirado por el Espíritu Santo, predicaba un sólido ascetismo, basado en el ayuno, pureza y castidad, pretendiendo con ello regenerar las vivencias de los fieles, a fin de que estuvieran preparados para la segunda venida de Jesús.

Y entre todas las herejías, descollaban los arrianos y los gnósticos cristianos (a quienes debemos diferenciar de los grupos gnósticos actuales).

LOS ARRIANOS

Los arrianos, o seguidores de Arrio (250-335), se extendieron por todo el Imperio romano de Oriente desde el siglo IV, en donde su doctrina se fue imponiendo a la ortodoxa. Perduró hasta el fin del primer milenio, mientras el Imperio romano de Occidente seguía siendo católico. Arrio era un presbítero de Alejandría cuyas ideas fueron finalmente condenadas en el Concilio de Nicea, en el año 325 d. C.

Creían los arrianos en la Trinidad, porque no consideraban a Dios Padre, a Jesús y al Espíritu Santo como un único ser. Para ellos, el Dios Padre, considerado como Dios absoluto y todopoderoso, era anterior a todo y no podía equipararse al Dios Hijo, Jesucristo, quien apareció con posterioridad y se encarnó en la persona de Jesús de Nazaret. No debe extrañarnos este lenguaje, porque el cristianismo primitivo creía en aquella época en la reencarnación, defendida fervientemente

por Orígenes de Alejandría, que tuvo a mano los manuscritos originales de la Biblia, escritos en griego y hebreo⁷.

Los arrianos no admitían que el Espíritu Santo fuera de igual esencia o categoría que el Dios padre o el Dios hijo, pues lo consideraban como un espíritu santificador o fuerza activa de Dios. Jesucristo hizo ver a los apóstoles que recibirían su fuerza y poder santificador del Espíritu Santo cuando él ya no estuviera entre ellos, para poder predicar la fe en su nombre.

Conviene puntualizar que Jesucristo, o Jesús el Cristo, es una palabra procedente del griego antiguo *Christós*, que podemos traducir como *el iluminado*, vocablo que a su vez procede del hebreo «Mesías», que significa «ungido». En los Evangelios, a Jesús se le considera como sucesor del linaje del rey David, y se le llama «Mesías», «Hijo de Dios», o «Hijo del Hombre», pero en ningún caso él se denomina nunca a sí mismo como Mesías o Hijo de Dios. A lo sumo se considera como profeta, aunque no viene a crear una nueva doctrina, sino a vigorizar los preceptos religiosos de los antiguos profetas que habían sido olvidados. Jesús afirma que viene a instaurar un reino espiritual, con la promesa de que quienes creyesen en su doctrina alcanzarían el Reino de los Cielos, o el Reino de Dios. No podemos extendernos mucho en el significado y el alcance de tales palabras, pero queda bien documentada en *El cristianismo esotérico* de Annie Bessant, que se refiere a entrar en los Misterios, institución de carácter secreto en la que se impartían enseñanzas a los discípulos preparados para comprenderlas⁸.

«Y cuando estuvo solo, los que estaban cerca de Él con los doce, le preguntaron sobre la parábola y Él les dijo: “A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios; más a los que están fuera, todas las cosas se les comuni-

7 *Du warst schon öfter auf dieser Erde – Du wirst wiederkommen*, pág. 4. Wiedergeburt. Würzburg, 1986. Versión original en alemán.

8 *El cristianismo esotérico. Los misterios de Jesús de Nazareth*. Annie Bessant. Elejandría libros, pág. 16.

can por parábolas”. Y más adelante: “Con muchas de estas parábolas les hablaba, conforme a lo que podían oír. Y sin parábola no les hablaba; y cuando estaban solos, Él explicaba todas las cosas a sus discípulos” (S. Marcos XVI, 15). Nótese las significativas palabras “cuando estaban solos” y la frase “aquellos que están fuera”. Lo mismo sucede en la versión de san Mateo: “Jesús despidió a la multitud y entró en la casa, y sus discípulos con Él”. Estas enseñanzas dadas “en la casa”, el significado más íntimo de sus instrucciones, se decía que eran transmitidas de maestro a maestro. El Evangelio da, según puede observarse, las explicaciones místicas alegóricas, lo cual hemos llamado nosotros los Misterios Menores, pero el sentido más profundo se decía que solo se daba a los iniciados. Además, aun a sus mismos apóstoles dice Jesús: “Tengo todavía muchas cosas que deciros; más ahora no las podéis llevar” (S. Mateo VII, 6). Algunas de ellas las dijo probablemente después de su muerte, cuando fue visto por sus discípulos, al hablar de cosas pertenecientes al reino de Dios».

Sin embargo, más allá de las enseñanzas elevadas y esotéricas que impartiera Jesús —al igual que ocurre en todas las religiones antiguas—, la mayoría de sus seguidores no lo consideraban sino como un hombre, a lo sumo un profeta, pero no como un Dios. Su discípulo Pedro lo tenía por un profeta. Sin embargo, fue Pablo de Tarso, el gran apóstol de los gentiles, quien afirmaba que Jesús era realmente Hijo de Dios, el Mesías que las antiguas profecías anunciaban, y, sin duda, de naturaleza divina; para san Pablo lo ratificaba el hecho de que se había inmolado en la cruz, en nombre del Padre, para salvar de sus pecados a judíos y gentiles. Estas diferentes visiones sobre la figura de Jesús darán lugar a muchas discusiones y diferentes herejías posteriores.

LOS GNÓSTICOS CRISTIANOS

Al igual que los arrianos, los gnósticos cristianos habían tenido un gran auge entre los siglos I y III de nuestra era, poniendo en serios apuros al cristianismo. Se les llamaba así porque decían poseer un conocimiento revelado, que se les transmitía por los iniciados que poseían el conocimiento.

En cuanto a los gnósticos, podríamos considerarlos tan solo como un grupo empecinado en ciertas ideas heréticas, sin embargo, eso no les haría justicia. Era un grupo filosófico-religioso —según algunas fuentes conformado aún antes de la aparición de Jesucristo—, que había resguardado el conocimiento transmitido por las generaciones anteriores, comúnmente denominado con el término griego «gnosis».

La gnosis, entendida como conocimiento o sabiduría, era la enseñanza filosófica y místico-religiosa que permitía comprender la naturaleza divina del hombre. Según la doctrina gnóstica, esta iluminación espiritual no se podía aprehender tan solo por medios racionales, sino mediante la intuición, partiendo de la enseñanza revelada.

Se trataba de un grupo selecto, conformado generalmente por aquellos cristianos más cultos que buscaban explicaciones profundas a los conceptos religiosos que aparecían en los textos sagrados oficiales: estos eran los Evangelios oficiales (de Mateo, Juan, Marcos y Lucas) y los Hechos de los Apóstoles. Los gnósticos se sentían privilegiados por mantener a buen recaudo las enseñanzas reveladas que habían recibido directamente de Jesús, dado que los primeros gnósticos fueron los discípulos más cercanos al maestro, aunque ellos consideraban que tales enseñanzas provenían de una larga cadena de profetas e instructores divinos que se remontaba hasta Moisés.

Para los gnósticos, Jesús no era Hijo de Dios, sino que Cristo había descendido para encarnarse en Jesús de Nazaret. Las enseñanzas de Jesús despertaron en ellos la necesidad de una vivencia consciente, a fin de retornar al

paraíso espiritual desde el que había caído el alma a la materia. La finalidad del gnóstico era retornar a sus orígenes.

Como el gnosticismo se había conformado con los primeros discípulos cristianos, los más comprometidos y próximos a Jesús, que decían resguardar las enseñanzas más profundas, poco a poco fue divergiendo de la corriente principal. Así, mientras el cristianismo concebía al ser humano como cuerpo y alma, los gnósticos remarcaban que, además, albergaba un hálito divino o «chispa espiritual». Distinguían bien entre los conceptos de alma y espíritu, mientras en los textos cristianos a menudo se utilizaban indistintamente, es decir, se consideraba al alma como *ánima*, «aquello que anima el cuerpo», confundiéndola con la sangre o la propia vitalidad del cuerpo; o bien, se consideraba al alma como la parte espiritual que habita en el hombre. Evidentemente, los primeros gnósticos cristianos habían guardado una enseñanza más esotérica del maestro, por estar más volcados a aprender, y el tronco principal se había quedado en un aspecto más superficial o exotérico de las enseñanzas.

Los gnósticos, que recogían las concepciones de la filosofía griega, consideraban una constitución del hombre conformada por: el cuerpo y su vitalidad (o *soma*), es decir, lo somático; el alma (o *psique*), como conjunto de las emociones, actitudes, deseos e ideas que afectan o mueven al hombre; y el espíritu (o *nous*), conjunto de inquietudes y anhelos de tipo elevado que conforman su esencia, como por ejemplo, los ideales y principios universales por los que pugna la humanidad, las ideas que anteponen lo universal ante el interés individual de la persona, las experiencias de una intuición profunda y los breves instantes en que se alcanza una percepción mística.

Frente a la mentalidad imperante en la comunidad cristiana, en que el hombre debía abandonarse en brazos de la providencia, esperando que la fe operara la salvación, los gnósticos creían que la fe, el perdón de los pecados e incluso el sacrificio de Dios, no bastaban para salvarse, por-

que ello solo puede alcanzarse por propio merecimiento, es decir, por el conocimiento atesorado y el verdadero progreso espiritual.

Sostenían una visión dualista del universo que se encontrará también en otros grupos, como los esenios, de los que se dice formó parte Jesús. La materia, como algo oscuro y nefasto, en oposición a la luz del espíritu; el bien en oposición al mal; la existencia de los ángeles y demonios, como seres intermedios entre la divinidad y el hombre que oponían sus fuerzas contrarias. Por ello, pensaban que el hombre tenía que ir elevándose de modo gradual, para abandonar el mundo de lo material, lo falso, para ir hacia lo espiritual.

A decir verdad, la filosofía siempre tuvo que luchar contra esta visión maniquea que presupone que pueden existir dos absolutos contrarios. Es decir, si una ola del mar tuviera una fuerza incontenible no podría existir una escollera indestructible; una o la otra tendría que prevalecer sobre la otra, pero nunca podrían existir ambas al mismo tiempo. En la creación solo puede haber un absoluto, no varios. Además, esta visión dualista es reduccionista, pues lo reduce todo al blanco-negro, olvidándose de que todo en la naturaleza muestra una graduación continua: entre el blanco y el negro existe una serie casi infinita de colores intermedios, al igual que no existe lo blanco puro ni lo negro puro. En la visión filosófica de Platón se nos da la clave correcta: existe tan solo el bien; el mal no existe como algo absoluto, independiente y contrario al bien, dado que el mal es tan solo la ausencia de bien. De igual modo existe solo la luz; y la oscuridad aparece allí donde no llega la luz, pero la oscuridad no tiene entidad en sí misma. O sea, la oscuridad es la ausencia de luz, y nada más.

En las comunidades gnósticas mantenían unas costumbres ascéticas, ritos de iniciación y grados de acceso al saber, pues no admitían al conocimiento revelado a quien no demostrara un comportamiento basado en la austeridad, la virtud y el amor.

Entre los principales gnósticos destacaban Basílides, Valentín y Carpócrates. No se conservan muchos textos de estos autores, aunque conocemos sus ideas por lo que afirmaban sus detractores, los apologistas Ireneo e Hipólito.



Codex II de los Manuscritos de Nag Hammadi, con el colófon del Libro Secreto o Apócrifo de Juan (Kataiōdānnēn n apokryfon) y el comienzo del Evangelio según Tomás

TEXTOS GNÓSTICOS Y EVANGELIOS APÓCRIFOS

Sin embargo, en el siglo XIX se encontró un documento relevante, en el *Pistis Sophia* (que significa conocimiento-sabi-

duría), texto fundamental o, incluso, «libro sagrado de los antiguos gnósticos o primitivos cristianos», según dirá H.P. Blavatsky⁹. En él se relata, en forma de diálogo entre Jesús resucitado y sus discípulos, la caída en la materia de ese ser elevado al que se nombra como *Pistis Sophia* y el camino de elevación que ha de cumplir el hombre para retornar al mundo espiritual del que procede.

Más tarde, en 1945, en la excavación egipcia de Nag Hammadi, situada al sur de El Cairo, se encontraron copias de algunos textos gnósticos dentro de una vasija sellada. Entre ellos, destacan los llamados Evangelios apócrifos. Estos códices, escritos en copto, crearon una revolución similar a la ocurrida con el hallazgo de los manuscritos de Qumrán. Su gran valor radica en que nos acercan a la vida monástica de estas comunidades gnósticas, a las que se les denominaba los Padres del desierto (o Madres del desierto, porque muchas mujeres siguieron este modelo, al igual que hiciera María Magdalena, María Egipciaca o Sinclética de Alejandría). Destacan, entre muchos otros eremitas, Pablo el Ermitaño, san Antonio Abad o Simeón el Estilita. Tales asentamientos en los desiertos de Egipto, Siria y la Tebaida proceden de la época posterior a las grandes persecuciones de Diocleciano, en el año 303, en que los cristianos decidieron retirarse del mundo para emprender una experiencia ascética y acercarse a las vivencias de Jesús en el desierto.

La palabra apócrifo procede del verbo griego *apokripto*, que significa «ocultar». Pero estas enseñanzas ocultas chocaban con la doctrina oficial de la Iglesia y fueron consideradas como falsas y heréticas. Por tal motivo, se fue asociando la palabra apócrifo con esa acepción de «falsa» y los creyentes los dejaron a un lado sin conocerlos.

Varios son los Evangelios apócrifos adjudicados a Felipe, Tomás, Judas o María Magdalena. Para los gnósticos, estos

9 *Glosario Teosófico*. H.P. Blavatsky, con anexos de Annie Besant. Editorial Kier, S.A. Buenos Aires, 1977. Primera edición de 1920.

manuscritos recogen la enseñanza directa de Jesús —verificada tras su resurrección, durante los once años que se considera permaneció entre sus discípulos—. En ellos, con una narración cargada de frescura, se narran pasajes de la vida de Jesús que permiten comprender detalles que no están registrados en los Evangelios oficiales.

JESUCRISTO

A decir verdad, tampoco los Evangelios oficiales fueron escritos en la época inmediata a la muerte de Jesús, sino varias décadas después. Sin embargo, pese a ser cada uno de diferentes siglos y autores, tal como está demostrado hoy en día, parecen fruto de una puesta en escena, dado que coinciden en muchos pasajes. Esto no invalida los hechos relevantes de la vida del maestro Jesús, sino que ponen de manifiesto que responden a un plan trazado más que a la escritura personal, y por tanto libre, de cada autor.

Dicen algunos investigadores que se crea con los Evangelios oficiales una figura mítica, que a veces se aleja del Jesús histórico. El Evangelio de Juan se aparta algo de la narración de los otros tres. El más histórico parece ser el manuscrito de Lucas, cuyo autor es el mismo que redactó los Hechos de los Apóstoles.

El lenguaje del Evangelio de san Juan es similar al que aparece en los documentos hallados en Qumrán. Hay una lucha entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, la verdad y el error, la materia frente al espíritu, tanto en el ser humano como en el mundo.

Según Mircea Eliade, el gran estudioso de las religiones del siglo XX, hay pocos testimonios históricos sobre Jesús. Los documentos más antiguos, que son las Epístolas de san Pablo, ignoran casi por completo la vida histórica de Jesús.

Y los Evangelios sinópticos¹⁰ recogen las tradiciones orales transmitidas por las comunidades cristianas, más bien como enseñanzas ejemplares que históricas, porque no conservan el recuerdo exacto de la actividad de Jesús, sino las estructuras significativas de los acontecimientos y de la predicación.

Así, los primeros cristianos eran judíos de Jerusalén que formaban parte de una secta apocalíptica dentro del judaísmo de Palestina. Esperaban la segunda venida de Jesús y por ello no les preocupaba tanto la historia de ese momento, sino el final de la historia. Y aunque decían que el fin de la historia estaba cerca y la llegada del reino de Dios era inminente, no predicaban un reino material. De hecho, ese Reino de Dios ya estaba en el corazón de sus discípulos y de los creyentes, pues ya vivían en el presente atemporal de la fe. No buscaban un poder temporal, tan solo querían reinstaurar la ley de los profetas, hacerla cumplir. Tampoco predicaban para el pueblo judío, sino para todos los pueblos de la Tierra, para todos los hombres de buena voluntad.

Jesús era sanador y taumaturgo (curaba toda clase de enfermedades), y libraba de sus angustias a los posesos. Por ello le acusaron de hechicero, por echar a los demonios.

Predicaba a los humildes y desheredados con parábolas, a fin de que pudieran entenderle, instándoles a la misericordia y la mansedumbre de corazón, a la piedad, restando importancia a lo ritual para dar preeminencia a la pureza de corazón. Promueve y reinstaura la fe abrahámica en Yahvé como Padre, aunque le quita el perfil terrible que tenía para los hebreos. Daba a entender que él era el «hijo predilecto del amo de la viña», el «Hijo del Hombre», que al principio tan solo significaba «hombre», aunque con el tiempo se tomó como «Hijo de Dios».

El rito de la Eucaristía, instaurado en la última cena, en que todos beben de la misma copa y Jesús reparte el mismo

10 Se denominan sinópticos a los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, cuya redacción es muy similar y pueden compararse fácilmente.

pan, significa «la dación de uno mismo», el momento de la entrega o muerte sacrificial, en el que les dice que hagan esto siempre en nombre suyo, de modo que en ese instante se crea una unión mística de los apóstoles con Jesús (tal como afirma san Pablo), circunstancia que puede ser reproducida cada vez que se realiza ese acto ritual.

Pero este ágape se hacía en las religiones místicas con el sentido de salvación de los participantes por comunión con la divinidad, al igual que el rito del bautismo que ya utilizaba Juan el Bautista, y que Jesús siguió utilizando a la muerte de aquel. Todo lo cual nos indica que había un conocimiento por parte de Jesús de los Misterios.

Cierto es que existía la necesidad del sigilo y el silencio en quienes conocían los Misterios, como al parecer ocurría con los primeros gnósticos, aunque algunas veces, autores tan cualificados como san Clemente de Alejandría, padre de la Iglesia, se atrevían a decir más de lo aconsejable¹¹:

«Tras del misticismo teórico, como igualmente tras del misticismo popular, existía el misticismo práctico; una enseñanza espiritual oculta, la cual se comunicaba solamente bajo condiciones definidas, condiciones conocidas y públicas, que cada candidato tenía que cumplir. San Clemente de Alejandría menciona esta división de los Misterios. “Después de la purificación —dice—, vienen los Misterios Menores, en los cuales hay algún fundamento de instrucción y de preparación que sirve de preliminar para lo que ha de venir después: los Grandes Misterios, en los cuales nada se deja de enseñar acerca del universo, quedando solo el contemplar y comprender la naturaleza de las cosas”».

11 *El cristianismo esotérico. Los misterios de Jesús de Nazareth*, pág. 2. Annie Bessant. Elejandría libros, págs. 8 y 24.

LOS MANUSCRITOS DE QUMRÁN

Cuando en 1947 y 1951 se descubrieron los manuscritos de Qumrán en unas grutas próximas al Mar Muerto, a unos treinta y cinco kilómetros al este de Jerusalén, se descubrió la existencia de una comunidad monástica que había sido arrasada en el año 68 d. C. por el ejército de Vespasiano. Esta era una comunidad esenia llamada Sokoka, que se había exiliado allí, en torno al llamado «maestro de justicia», en el año 152 a. C. Apenas tendría algo más de un centenar de integrantes y era citada ya por los historiadores Flavio Josefo, Plinio el Viejo e Hipólito de Roma.

El vocablo esenio proviene de la lengua aramea y significa «piadoso». Los esenios vivían en distintos lugares de Judea, tal como afirman los historiadores citados, en una vida de tipo ascético, tomando como principios la ley de Moisés. Bajo la dirección mística del Maestro de Justicia, esperaban «el final de los tiempos», concebido como una lucha escatológica entre las fuerzas angélicas, regidas por Miguel, frente a las fuerzas demoníacas, gobernadas por Belial.

Los manuscritos estaban escritos en hebreo, y algunos pocos en arameo y griego. En el rollo de la *Regla de la Comunidad* se señalan sus normas de convivencia en común. Vivían apartados de un mundo que consideraban impuro, preparando la venida de Dios. En el *Rollo de la guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas*, se dice que sobrevenirá una etapa de purificación, seguida de una preparación mediante la venida de un nuevo Elías, que podemos identificar como Juan el Bautista, al que los esenios tenían por profeta. Los esenios creían en un mesías-sacerdote que sería seguido por un mesías-rey que prepararían la era mesiánica. Al final de dicha era, este mesías-rey sería el encargado de conducir a su pueblo en dicha guerra hasta la batalla final, antes del día de la visita de Dios, que sería seguido de un juicio final. Los justos serían salvados, resucitando en el paraíso, mientras los paganos y todos aquellos que permanecieran

incrédulos ante el mensaje del maestro en la era mesiánica, perecerían junto a los demonios en el fuego eterno.

Hay muchos paralelismos entre los esenios y los primeros cristianos, salvo que los esenios vivían en comunidades monásticas, retiradas en zonas desérticas apartadas, mientras los cristianos lo hacían en las poblaciones, pues tenían un carácter más proselitista. Sin embargo, los cristianos no compartían esta guerra escatológica contra los paganos o «hijos de las tinieblas», aunque sí creían en la segunda venida de Jesucristo con la esperanza de que colocara a su pueblo elegido, Israel, en el lugar preferente entre todas las naciones.

Los esenios convivían en comunidades en las que había laicos y sacerdotes. Había un círculo más interno y una instrucción esotérica superior, basada en la «gnosis», de modo que los aspirantes a un grado mayor de enseñanza y preparación pasaban por distintos grados: neófito, aspirante, perfecto. El grado mayor era el de inspector, que ejercía de pastor de la comunidad.

Tenían un rito iniciático similar al bautismo de Juan el Bautista, donde el neófito se lavaba de culpa por sus pecados. Y, sobre todo, destacaban, como si fueran ritos sagrados, la constante purificación mediante el agua y los ágapes comunitarios del mediodía y de la noche. A diario, vivían inmersos en el silencio, se comportaban de un modo muy frugal, controlando la ingesta de alimentos y agua, con un compromiso de celibato total. Desdeñaban el matrimonio, porque se sentían como guerreros de Dios, preparados para la lucha escatológica del final de la historia. Se sentían a prueba, y aspiraban, con la ayuda de Dios, a ser dignos de participar en el paraíso celeste añorado.

Consideraban al Maestro de Justicia como un enviado de Dios. Este era un sacerdote perteneciente a los «sadoquitas» que abandonó Jerusalén y se refugió en el desierto para evitar la persecución a la que se veía sometido cuando fue nombrado como sacerdote Simón. Los sadoquitas siempre habían sido los sumos sacerdotes del templo, hasta que fueron desplazados por cuestiones políticas. De este modo, los

esenios tenían a gala seguir transmitiendo ese ministerio y anhelaban que su Maestro fuera restablecido en su sagrada función. El Maestro, como instructor, conoce los misterios ocultos de la sabiduría, por revelación divina. Conoce todo lo que han transmitido los antiguos profetas y conduce a sus discípulos a una vida de superación.

Algunos esenios se unieron definitivamente a comunidades cristianas en Siria.



Dos tinajas de cerámica en las que se encontraron algunos de los Manuscritos del Mar Muerto en las cuevas de Qumran.

[Collectie Archief: Fotocollectie Van de Poll]

LOS NESTORIANOS

Tanto herejes como jerarcas de la línea oficial creían tener la verdad. Y los apologistas, guardianes de la ortodoxia, defendían con ardor una tradición que, a cada Concilio, era revisada de nuevo, alterada bajo presiones del emperador de turno o diluida en nuevos intereses.



Lápida nestoriana Issyk Kul de 1312 con inscripciones en una en lengua uigur. [Musee d'Art et d'Histoire de Saint Denis]

Cuando el mismísimo patriarca de Constantinopla, Nestorio (386-451), puso en duda la virginidad de María y consideró en Jesucristo dos naturalezas diferentes, una humana y otra divina totalmente separadas, se creó un cisma severo en el seno de la Iglesia. Frente a él Cirilo, obispo de Alejandría, mantenía la creencia en su naturaleza trina, la doctrina ortodoxa que había aceptado la Iglesia en el Concilio de Nicea.

La controversia se animó con variadas opiniones de monjes y obispos: para unos el espíritu se había encarnado solo en el cuerpo, pero no en el alma humana de Jesús; para otros, la naturaleza humana y divina eran diferentes, separadas como si se tratara de dos personas diferentes. Esto parece irrelevante ahora, pero antaño encendía los ánimos hasta llegar al odio más exacerbado y terminaba provocando serias disputas.

Nestorio no admitía la unicidad de Cristo y veía en Jesús a un hombre en el que había encarnado Dios. De este modo, distinguía a «la persona» de su «naturaleza divina» (por ello fueron llamados difisitas); ambas naturalezas estaban separadas y, en todo caso, para Nestorio prevalecía su naturaleza humana; por tanto, María no podía ser considerada como «madre de Dios». Por el contrario, Cirilo —cuyo nombre quedó manchado para siempre desde que sacrificara de modo tan sanguinario a Hipatia de Alejandría—, sostenía que Jesús era al mismo tiempo Dios, Cristo («el Iluminado», el «Mesías» o «Ungido») y hombre.

Cirilo, tenaz y obstinado como pocos, no estaba dispuesto a soltar a su presa. Se había embarcado en una lucha de poder contra el patriarcado de Constantinopla y solicitó al papa un Concilio. Era consciente de que su opinión tenía un peso en la Iglesia, pues no era el titular de un obispado común. La sede episcopal de Alejandría era considerada la segunda en importancia detrás de Roma, seguida por Antioquía, otro gran núcleo del cristianismo en los primeros siglos de nuestra era. Sin duda, el centro del mundo se estaba desplazando hacia oriente.

En el año 431, convocado el Concilio de Éfeso en nombre del papa Teodosio, Cirilo arrancó las sesiones del cónclave antes de que llegaran todos los compromisarios y, mediante regalos y sobornos, se aseguró el voto en contra de los nestorianos. Así, derrotadas y proscritas sus ideas, los nestorianos se vieron forzados a abandonar Constantinopla. En las actas del Concilio, pretendiendo aclarar los conceptos, se decía:

«... la divinidad y la humanidad constituyen más bien para nosotros un solo Señor y Cristo e Hijo por la concurrencia inefable y misteriosa en la unidad... Porque no nació primeramente un hombre vulgar, de la santa Virgen, y luego descendió sobre Él el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne... De esta manera [los santos padres] no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la santa Virgen».

Nestorio fue depuesto como Patriarca de Constantinopla y, a causa de las presiones que se hicieron en su contra ante el Emperador, dio con sus huesos en la cárcel hasta el momento de su muerte. El cisma se hizo efectivo y nunca pudo reunirse a las Iglesias afiliadas al nestorianismo (o difisismo) con la Iglesia de Bizancio o la Iglesia latina.

Más tarde, en el año 451, el Concilio de Calcedonia volvió a revisar la teología monofisita, pues Eutiques, matizando las ideas de Nestorio, consideraba que en Jesús tan solo se admitía una naturaleza divina, siendo la naturaleza personal totalmente absorbida por aquella. Cada nueva revisión de la cuestión era una oportunidad para reabrir las viejas heridas, como si alguien estuviera empeñado en echar sal sobre ellas.

A pesar de que el emperador Constantino el Grande había abrazado el nuevo credo y detuvo las persecuciones de los cristianos con el Edicto de Milán del año 313, las propias disensiones entre los fieles creaban un clima inhóspito. Y en aquella interminable lucha interna, los nestorianos y los monofisitas abandonaron Constantinopla en direc-

ción hacia Éfeso (la actual ciudad turca de Selçuk), Nísibis, Capadocia y Antioquía (la Antakya actual). Otros recalaron en Siria, Armenia o Persia. Muchos, sintiéndose hermanos por un mismo credo cristiano, no llegaban a comprender los matices que les separaban del tronco común.

Las denominadas injustamente como sectas heréticas en los primeros cuatro siglos de la existencia del cristianismo eran varias, y la mayoría se asentaron en los lugares citados: los ofitas y nazarenos, o sus continuadores, que adoptaron el nombre de drusos y se instalaron en el Líbano y después en Persia, en la ciudad de Basora, en donde aún hoy perduran con el nombre de mandeos, mendeanos o «discípulos de san Juan»¹².

Estos nazarenos no eran seguidores del apóstol Juan, como se da a entender, sino de Juan el Bautista, aquel que bautizó a Jesús en las aguas del Jordán, primo hermano suyo. Ellos, según cita H.P. Blavatsky «perseguidos de muerte se unieron a los nestorianos, por lo que se les confundió con estos en la común denominación de cristianos, hasta que se les deparó ocasión favorable de recobrar su colectiva personalidad». Así, pueden verse al respecto, los manuscritos que aún conservan los *okhalos* sirios (también llamados espiritualistas) sobre los ofitas y nazarenos. No ha de extrañarlos, entonces, que estos grupos, tildados de sectarios por la intransigencia de quienes dirigían la Iglesia en aquel entonces, no lo fueran, pues Jesús fue bautizado y acogido por los nazarenos; aprendió la ciencia oculta de los esenios asentados en Egipto y en los desiertos de Judea y, en su juventud, en Egipto, había pertenecido a los terapeutas.

Algunos nestorianos recalaron también en Alejandría, en donde se encontraban los terapeutas, gimnosofistas, magos (o *mags*) seguidores de Zoroastro, pitagóricos, sufíes, y los *rasis* de Cachemira¹³. Todos ellos bebían de fuentes antiguas

12 *Isis sin velo. Tomo III*, capítulo VII, pág. 304 y siguientes. H.P. Blavatsky. Editorial Sirio. Málaga, 2000.

13 *Isis sin velo. Tomo III*, capítulo VII, pág. 322. H.P. Blavatsky. Editorial Sirio.

un conocimiento profundo que, desde siglos atrás, había enraizado en Egipto proveniente de la India, y se trasvasaban conocimientos. Lo oculto no debe parecernos extraño ni perverso, pues a fuerza de ser perseguidos, muchos de estos grupos recelaron siempre de aquellos que no se hacían merecedores de conocimiento. Ni tampoco debe extrañarnos esa mención a los sufíes mucho antes de que creciera el islam como religión, pues algunos autores afirman que tienen su raíz en la tradición persa, mucho antes de la Hégira de Mahoma. De hecho, dice H.P. Blavatsky, «de estos magos aprendieron los sufíes de Persia y Siria la astronomía, la medicina y la filosofía esotérica». El término «esotérica» debe entenderse no en la acepción peyorativa que algunos autores actuales le dan, sino como filosofía profunda enraizada en una tradición de maestros que la transmiten de boca a oído, siguiendo una larga cadena de discípulos.

Unos y otros grupos tenían fuentes comunes y, por tanto, coincidían en creer en un panteísmo similar al de los filósofos neoplatónicos, es decir, consideraban que Dios estaba en todas las cosas, como esencia vinculada a todo lo material, pero no lo personificaban. Todos ellos consideraban que el hombre estaba constituido de cuerpo, alma y espíritu, y creían en el verdadero ser en el hombre o Yo superior, al que consideraban inmortal.

No en vano, el cristianismo primitivo creía en la inmortalidad del alma y la reencarnación en otros cuerpos, en vidas sucesivas¹⁴, hasta que fue suprimido de su doctrina, el año 543, en el sínodo de las Iglesias de Oriente, en Constantinopla, con nueve anatemas. Si bien, aunque estas enseñanzas se intentaron borrar de las escrituras, quedan trazas que así lo demuestran. Véase si no, Lucas 9, 18-21 (o bien, Mateo, 16, 13-20), en donde se muestra la respuesta

Málaga, 2000.

14 *Du warst schon öfter auf dieser Erde – Du wirst wiederkommen*, pág. 4. Wiedergeburt. Wurzburg, 1986. Versión original en alemán.

que dan sus apóstoles a la pregunta que hace a Jesús sobre ¿quién creían ellos que era él?

En Lucas, 9, 18-21 se dice también:

¹⁸Y aconteció que estando él solo orando, estaban con él los discípulos; y les preguntó diciendo: ¿Quién dicen las gentes que soy?

¹⁹Y ellos respondieron, y dijeron: Juan el Bautista; y otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado.

²⁰Y les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy? Entonces respondiendo Simón Pedro, dijo: El Cristo de Dios.

²¹Mas él, conminándolos, mandó que a nadie dijese esto.

También se expresa la relación entre Isaías y san Juan el Bautista, manifiesta en Mateo 17, 10-13.

¹⁰Entonces, sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué dicen pues los escribas que es menester que Elías venga primero?

¹¹Y respondiendo Jesús, les dijo: a la verdad, Elías vendrá primero, y restituirá todas las cosas.

¹²Mas os digo, que ya vino Elías, y no le conocieron; antes hicieron en él todo lo que quisieron: así también el Hijo del hombre padecerá de ellos.

¹³Los discípulos entonces entendieron que les habló de Juan el Bautista.

Como diría el psicólogo suizo C.G. Jung:

«La reencarnación es una afirmación que pertenece a una de las declaraciones más elementales de la humanidad. Estas declaraciones se basan en lo que yo denomino como “arquetipo”, el cual determina profundamente las afirmaciones relativas a lo sobrenatural, de modo que no es extraño el encontrar explicaciones sobre el renacimiento en los pueblos más diferentes».

En todos estos grupos hay muchos puntos de acuerdo. Trataban de dominar sus pasiones, alejando de sí el odio y la idea de venganza, manteniéndose en estado de castidad y evitando a toda costa el adulterio o el derramamiento de sangre (lo cual les apartaría de cualquier tipo de iniciación en los misterios de la sabiduría). Debían honrar a sus padres, ayudar a los ancianos y necesitados, socorriendo a quienes lo precisaran —incluso arriesgando su propia vida—, y enterrar a los muertos. No debían apartar su pensamiento de Dios en todo momento. Y a sus virtudes y conocimientos, supieron añadir las verdades que habían perdurado del mundo grecorromano, de los persas y los indos, de Egipto y la filosofía hermética.

Sin embargo, a menudo, eran tildados de sectarios por la religión oficial.

Los que defendían la visión oficial también sembraban división con sus posiciones intransigentes, pues creían que su visión era la correcta al juzgarlos; se consideraban libres de culpa y se hacían cruces devotas sobre la frente, lamentándose por la cerrazón de los disidentes y la pérdida de su espíritu fraterno. Sin embargo, nadie estaba libre de pecado para lanzar la primera piedra. De algún modo, todos eran sectarios, dado que habían surgido como ramas que se iban separando de un tronco común y, también, porque defendían con fanatismo e intransigencia sus posiciones ideológicas.

El ideal del Imperio romano de acoger y permitir en el Estado cualquier religión se iba desvaneciendo. Los tiempos de elevadas concepciones tocaban a su fin.